

LOS FEUDALES SE SOMETEN

DESDE la derecha "buena"—la de siempre, la inasequible al desaliento, la trentina y dieciochojuliesca— se esperaba mucho acerca de lo que podía ocurrir en la sesión de trabajo del Consejo Político de la UCD: la derecha "mala"—pactista, democrática, constitucionalista...—. El Consejo Político, aparte de una agenda muy visible—elecciones municipales y sindicales, borrador constitucional, relaciones con el exterior y todo lo demás— tenía su alto propósito—y tan alto, como que venía del presidente Suárez— de unificar su partido: de convertirlo, realmente, en partido único—el vocablo suena mal: en partido unitario, diríamos mejor—, en cuyo seno se disolvieran los pequeños partidos que lo formaban, como las aguas de los ríos se disuelven en la del mar.

A poca memoria que se tenga, se recordará lo sucedido en las vísperas de las elecciones del 15 de junio: una larga serie de formaciones más o menos centristas, con algunas cabezas de ratón al frente—cabezas, por otra parte, entre las que había algún cerebro importante— prefirieron ser rabo de león, como consecuencia de aquella decisión del señor Suárez de presentarse a las elecciones. Algunos que suponían que su cabeza podía ser la del león no quisieron prestarse al invasor, y fueron solos. El señor Gil-Robles y otros supieron lo que les pasó: mordieron el amargo polvo de la derrota, fauces contra el suelo.

Así apareció el "partido del poder". Una Unión, calificada de Centro y un centro calificado de Democrático. Se sabe lo que es un partido del poder: no necesita grandes doctrinas, grandes programas. Necesita ofrecer algunas seguridades a los posibles electores y, sobre todo, una seguridad de poder a sus principales integrantes. ¿Para atraerlos colmando sus ambiciones personales? Quizá, pero conviene no olvidar—y no es fácil olvidarlo, porque ellos mismos lo repiten frecuentemente— que las ambiciones personales de estos dirigentes son las de restaurar

España. Se pusieron manos a la obra. Desde sus despachos de ministros, gobernadores, subsecretarios, directores generales. O directores de empresas paraestatales, o lo que fuera. Los salvadores tienen necesidad de salvar ocupando puestos.

Indudablemente, el señor Suárez tenía que pasar una factura. Salvar a España es algo que hay que hacer prestándose sin límites. La factura del señor Suárez consistía en que disolvieran sus pequeñas formaciones, sus grupos,

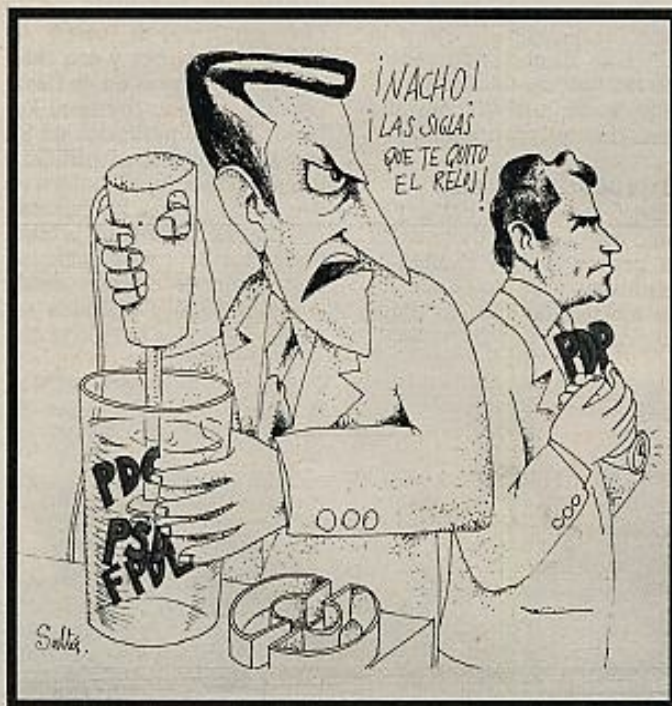
consecuencia estaría clara: rota la UCD, roto el Gobierno. Y algunos mesnaderos dispuestos a pasarse con armas y bagajes a la derecha buena, que no cesa de clamar por la unidad. Ha sido una semana en la que han caído sobre el señor Suárez todos los oprobios de los editorialistas de la derecha "buena". Aparecía en el cartelón de ciego, cuyo puntero podían esgrimir los invidentes Ruiz Gallardón o Abel Hernández, como culpable de todo. Abría las puertas a un Partido Comunista sin verdade-

la alternativa del señor González, que la incubaba amorosamente, pero que deberá guardarla por ahora, la alternativa podría ser para un Gabinete más a la derecha. Quizá con el propio Suárez incluido, y con alguno de sus feudales. Operación puramente disparatada, porque las cosas no están así. Y porque había que tener en cuenta un factor humano, demasiado humano: la existencia del poder.

Todo político aspira al poder, y cuando lo tiene no lo suelta. Aunque tenga que disolverse como sea y dentro de lo que sea. Cuando no se tiene, puede uno jugar a sus cartas, como el barón Camuñas con su PDP. A la hora de rasgarse, los políticos emplazados pueden elegir sin duda seguir salvando a España desde el poder que desde fuera de él, que es más difícil.

Quizá ahora se pueda hacer una "pequeña crisis", según se dice, para acomodar mejor a los feudales y sus mesnaderos dentro del Gobierno. Pero, desde luego, la gran ruptura no se ha producido. No podía producirse. Todos los grandes dirigentes del mar de la UCD son lo suficientemente abnegados como para no abandonar a otros los puestos clave de la gobernación del país.

Lo cual produce también el contento de los partidos de la llamada oposición. Todo sigue como estaba. Lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles. Y si el suceso le cuesta la cartera, por ejemplo, al señor Jiménez de Parga, el contento no será solamente de los empresarios, para quien es algo así como un demonio ardiente, ni para la UCD, que le consideraba como demasiado locuaz: también va a serlo para los partidos de izquierdas, que le tenían por excesivamente y de izquierdas. Y cada uno debe tener su espacio, su ámbito. Para que no haya equívocos. Si cae también el señor Liadó, ministro de Transporte y Comunicaciones, serán dos Ministerios a cubrir. Y probablemente un gran vacío abierto para nuevos cargos de subsecretarios, directores generales y otros puestos que sean necesarios. Desde los cuales servir a la Patria. ■



sus huestes personales para unirse al gran ejército. Como los Reyes Católicos—y el señor Suárez, políticamente, es un Reyes Católicos de primera magnitud— no toleraban el feudalismo frente al Renacimiento militar que debía coronar la Reconquista. El señor Suárez dio un plazo a los feudales para que abandonaran sus castillos y se fundieran con él. Este era el tema del Consejo Político de la UCD. Y aquí empezaban las esperanzas de la derecha "buena".

La derecha "buena" creía que los barones no iban a ceder. Y que la UCD iba a romperse. La

ra fuerza en el país y, en general, a toda la invasión del marxismo; faltaba a los compromisos de ley y orden, porque aquí hay delincuencia, terrorismo y libertad sexual. El señor Suárez iba a cubrir una vez más el querido puesto de Kerensky. El del tonto útil. El de caballo de Troya. Y un sin fin de metáforas acuñadas para estos casos. Toda esta ofensiva era puramente desestabilizadora.

¿Para qué? Para que, vencido y desarmado el señor Suárez, rota su unidad de la mala derecha, hubiera que buscar un recambio para el poder. Como no ha llegado